

CAMBIANDO DE LUGAR. UNA BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA HISTORIA DE LAS MIGRACIONES HUMANAS (1)

IRIANNI, Marcelino (*)

RESUMEN

El hombre, desde su salida de África hace un millón quinientos mil años, se ha movilizó geográficamente penetrando a la totalidad de los continentes, explorando y habitando todos los nichos ecológicos imaginables. Junto a los impactos cuantitativos y cualitativos en esos espacios, esos movimientos experimentaron profundos cambios a través del tiempo, a veces ligados a sus avances culturales, otras, moldeados por un espacio ecuménico que se estrechaba a medida que el hombre -a diferencia de la mayoría de las especies- multiplicaba su cantidad de ejemplares en forma `descontrolada`. Éxodos en busca de un sitio menos teñido de violencia o hambre, persecuciones masivas luego de una guerra, migraciones pos revolución industrial, huidas masivas desde sitios afectados por catástrofes ambientales o simplemente avizorar un futuro mejor en otro lugar, fueron algunos de los móviles y causas. Todos esos movimientos tienen cosas en común y especificidades, pero acaso lo más llamativo sea que nuestros días nos ubican delante de comportamientos que devuelven a un porcentaje nada desdeñable de la humanidad a su esencia, acercándolos literalmente al reino animal, taxón que -como si fuese posible- creyó por un instante haber abandonado para siempre.

Palabras clave: movilidad – adaptabilidad – migraciones – catástrofes ambientales

(*) Doctor en Historia.

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET)

Campus Universitario - Paraje Arroyo Seco s/n – (7000) Tandil, Buenos Aires

@ marcelino_iriani@yahoo.com.ar

CHANGING PLACE. BRIEF OBSERVATIONS ON THE HISTORY OF HUMAN MIGRATIONS

ABSTRACT

Humans have moved geographically penetrating all the continents, exploring and inhabiting every ecological niches since they left Africa about one million five hundred thousand years ago. Tied to their cultural developments or shaped by a narrowing ecumenical space these movements have experienced deep changes. A diverse set of reasons can be considered as causes of these “Exodus”: the search of places without violence or hunger, places far away from environmental disasters, mass persecutions after wars, migration towards industrial revolution and the will of finding a better future elsewhere. These movements have similarities and differences. However, one of the most striking things is that they all bring an important percentage of humanity back to its essence to: its closeness to the animal kingdom, taxon thought to have been left forever.

Key words: mobility – adaptively – migration – environmental catastrophes.

Introducción

Que el hombre se traslade de un sitio a otro es tan natural a nuestros ojos -y memoria- que nos resulta imposible pensar en una persona que permanezca en un sitio toda su vida sin conocer regiones diferentes. Aunque recorrer la historia de los movimientos migratorios humanos a lo largo de la historia se presenta como una tarea casi imposible desde el punto de vista documental y aún si lo intentásemos, desbordaría las páginas de este y varios artículos, es necesario aclarar que se mencionan aquellos traslados que se nos presentan como hitos y que nos permiten hilvanar el razonamiento que aquí nos interesa. Queremos recuperar aquellos movimientos humanos que impactaron cualitativa o cuantitativamente en el devenir histórico, sin aclarar por ahora a qué llamaremos traslaciones, éxodos y a cuáles específicamente, movimientos migratorios. No es ese el espíritu de esta reflexión. Como sea, desde que el hombre se hizo un lugar como especie en un rincón oriental de África, hace un par de millones de años, no ha dejado de moverse; al principio por comida o curiosidad, luego para quitar presión a una situación demográfica que habría alcanzado su techo y mucho más tarde para huir de una invasión territorial por parte de otros grupos, una epidemia o una hambruna pasajera. Todo ello sin contar las traslaciones permanentes en su estadio nómada o seminómada (2), recolectando e incluso persiguiendo distintas especies que se movilizaban en grupos menores o grandes manadas. Mucho tiempo después, cuando la escritura se convertía en una herramienta indispensable para contabilizar las primeras diferencias sociales entre seres del mismo género y especie, comenzaron los movimientos masivos -más o menos violentos según el observador (3)-, posiblemente también mayormente direccionados, atraídos por alguna ciudad en esplendor -por ejemplo Babilonia- o una civilización -egipcia, hitita, cretense- donde el hambre parecía un tema resuelto. Entonces, se movían pueblos enteros y el agotamiento de algunos suelos -por desconocimiento de rotaciones y barbechos- no era una causa menor. Pueblos `bárbaros` (a la vista de los clásicos) de la talla de los germanos, que invadieron sectores del imperio romano -al que habían entrado pacíficamente durante décadas-, precedieron a otros grupos ávidos de tierra como los vikingos, actores fundamentales en la génesis de los recintos feudales, devenidos con el paso de los siglos en barrios residenciales y luego countries modernos. No pasaría mucho tiempo, apenas tres o cuatro siglos desde comienzos de la Edad Moderna, para que Europa occidental experimentase movimientos migratorios diferentes a los anteriores; sesenta millones de personas abandonaban sus tierras expulsados por la desocupación que trajo aparejada la industrialización, apoyados en las

mejoras del transporte y la necesidad de trabajadores en tierras tan nuevas como `vacías´ en América. Rudimentarias estrategias familiares, muchas veces incentivadas por noticias de progresos notables en el Nuevo Mundo, construían una ilusión para mejorar las condiciones de vida de aquellas familias extendidas -cuyos individuos tenían proyectos personales opacos-, aunque a una mayoría no le faltase un plato de alimentos diario ni vivienda modesta. Esos movimientos habían sido precedidos, en buena parte, de traslados no menos importantes aunque regionales y por lo general estacionales, desde los campos a las ciudades o simplemente dentro del ámbito rural. Unos pocos dentro del conjunto de la emigración que conocemos como clásica (1840-1920), en comparación, fueron víctimas de persecuciones políticas y religiosas. Los movimientos geográficos de homo sapiens experimentan un nuevo cambio cien años después, en la primera mitad del siglo XX. Ahora sí se trata de personas que huyen de regímenes totalitarios, golpes de Estado, racismo, fascismos y fanatismos religiosos. Judíos, rusos, turcos, españoles, cubanos, polacos, nigerianos, entre otros, escaparon de sus tierras, fuera de toda lógica humana y registro, a veces llamados por alguien, otras hacia cualquier sitio que los acogiese. Se iniciaba una época distinta, donde muchas personas sufrirían la intolerancia y agresión hasta el límite de huir del lugar que los vio nacer; no era otra cosa que el prolegómeno de los movimientos acelerados en la década del `80, cuando a la violencia -ahora también de la guerrilla- se sumaba el hambre y la sed producto de catástrofes ambientales no siempre impredecibles. De inmigrantes a asilados y refugiados políticos, luego a víctimas de desastres naturales, categoría, ésta última, que intenta paliar situaciones sin compromisos estatales de un amparo definitivo de personas condenadas a la imposibilidad de retorno.

Si las causales nos mueven a encontrar diferencias, la distancia recorrida es otra variable interesante que fluctuó a lo largo de la historia; a primera vista pareciese que jugaron en ello las posibilidades territoriales en términos de vacíos demográficos -ecuación medianamente válida entre gente y recursos- y los ritmos temporales más o menos acuciantes (en la prehistoria sospechamos que muchos traslados eran expediciones de caza o reconocimiento, antes que jugadas estratégicas para arribar a un sitio determinado). Ciertas mejoras, por ejemplo en las vestimentas y el manejo del fuego para alcanzar límites fríos y mucho después el transporte -fluvial, marítimo y terrestre-, no debieron ser menores. Como sea, aquellos hombres que salieron de lo que hoy es África (4) iniciaban una marcha generacional con cientos de estaciones de parada y otros tantos desvíos o regresos, que unirían nada menos que el continente negro con América (5), atravesando China, Siberia y Alaska. Cualquier otro movimiento, al menos si tomamos

el conjunto y no sus partes, resulta incomparable a medida que nos acercamos a nuestro tiempo.

Mucha gente se mueve hoy de un sitio a otro con ánimo de conocer paisajes y culturas distintas (incluyendo aldeas antropológicamente primitivas y exóticas), visitar otras personas o reductos naturales e históricos conservados; las estadísticas de un turismo en alza en las últimas décadas han mostrado que las mejoras en el transporte han achicado el planeta a dimensiones inimaginables. Las cifras del turismo son millonarias, aunque una mirada más acotada nos ubica en enclaves específicos del mundo como sitios de salida y cada vez más, en destinos libres de violencia, desastres naturales y hambrunas. Otros miles, cambian de países cuando no de continente, para probar fortuna o hacer valer los conocimientos adquiridos en un mercado de trabajo más remunerativo. Sin embargo, esas cifras son irrisorias comparadas con los millones de seres que se movilizan en las últimas décadas a pie, sin máquinas fotográficas ni títulos universitarios, escapando a catástrofes ambientales que no ocasionaron. Esta realidad dual pero complementaria, compleja, es la que convierte en extraordinario el fenómeno de la migración humana desde el inicio de los tiempos. Si al principio se trató de saltos más bien cuantitativos, entre una época y otra, el último medio siglo ha visto mutar aquellos movimientos familiares e individuales, pero casi siempre conscientes -a su manera estratégicos-, hacia estampidas desordenadas, acosadas por el hambre, la desertización, las pestes, el desamparo estatal y la violencia que engendra en territorios devastados por centurias de atropellos internacionales y cuyo detonante reciente ha sido un clima vertiginosamente impredecible, sumado a curvas demográficas que parecen no encontrar un techo salvo como producto mismo de esas epidemias y catástrofes.

Los movimientos espaciales en el devenir humano

Desde que salió de África hace un millón y medio de años, el hombre ha experimentado una acelerada y desordenada ocupación del planeta, al mismo tiempo que una atomización más artificial que natural -sociocultural- de su especie que germina con la revolución agrícola (-8000) y se acelera con la revolución industrial (1750). Aquella primera etapa, macro, extendida en el tiempo, no se completó hasta hace unos doce mil años cuando arriba a América del Sur. A diferencia de las especies con las que convivió y a las que terminó utilizando para su provecho o desplazando, el sapiens sapiens no conoce prácticamente ninguna que controle su multiplicación, como sucede con aquellos animales o vegetales exóticos que colonizan -naturalmente o llevados por el mismo hombre- un sitio nuevo

(6). Aunque parezca una obviedad, gracias a su inteligencia y cultura material, es la única especie que ocupa todos los climas y ambientes del planeta impactando fuertemente en cada uno de ellos, alterando factores críticos del funcionamiento (7) de los mismos; es una de las pocas especies que la naturaleza `dispuso´ en algún sitio de África, pero que pronto desbordó hasta ocupar el ecúmene en forma permanente (8). Como si eso no bastase, ese ser que naturalmente detenta una longevidad media de cuarenta años, quizá menos, ha duplicado la edad promedio de esperanza de vida (al menos en los países menos empobrecidos y con acceso a los avances de la ciencia) (9).

Como fuera, aquél bípedo con menos de mil centímetros cúbicos de masa cerebral, fue acaso el primer homo en transgredir lo que parece una ley natural (10), abandonando su lugar de aparición. Desde entonces, una geografía cambiante moldeó diferencias anatómicas puramente superficiales de la especie en cada continente -conocidas como razas, hoy término desacreditado-; también pudo suceder que un hombre moderno, descendiente de la llamada “Eva africana” (11), saliese nuevamente del continente negro hace trescientos mil años para homogeneizar con un poblamiento más compulsivo las distintas zonas, pero ello es poco importante en este contexto que discutimos. Sabemos que el hombre salió varias veces de África y posiblemente también regresó en algunas ocasiones al chocar con el estrecho cuello de botella del actual noreste de Egipto. Hace un millón de años, el homo Antecesor había alcanzado inentendiblemente la península ibérica y Erectus la actual China; hace alrededor de cuarenta mil años un hombre moderno llegaba a Australia, hace treinta mil rondaba Beringia y poco más tarde lo que hoy es Norteamérica. Hace aproximadamente doce mil años alcanzó el final del arco iris, en el extremo sur de América, para comenzar desde entonces a ocupar en forma más homogénea el espacio de los cinco continentes.

Ya anticipamos que, a diferencia de la mayoría de las especies, el hombre no evolucionó sólo en su aspecto biológico. La evolución bien podría tratarse, analíticamente, como un tripartito: biológica, social y cultural. Hace un millón de años contaba con una industria tecnológica importante y quinientos mil años más tarde controlaba el fuego y su vestimenta para colonizar lugares más fríos. Al mismo tiempo, pasó de recolector y carroñero -en algunos sitios forrajeador- a cazador recolector -incluyendo productos del mar-, más tarde recolector intensivo, horticultor y finalmente pastor/agricultor sedentario habitando en aldeas. No es necesario aclarar que esta mirada lineal de la historia de la humanidad, debería detenerse en cada etapa a mencionar zonas grises, etapas intermedias, aquellas donde el hombre continuó siendo cazador y otras donde ancló

como horticultor, etcétera, etcétera. Se trata de una simplificación necesaria del devenir histórico, que se apoya antes bien en los estadios que adoptaron mayoritariamente los distintos grupos sociales. Como sea, en los últimos diez mil años el hombre experimentó el paso de depredador a productor, de la edad de la piedra a la de los metales, del nomadismo a un sedentarismo al principio como base de asentamiento desde donde mantenía cierta movilidad para que su dieta no sufriese un colapso nutritivo ni calórico. Coincidiendo con la aparición del hombre moderno (hace 40 mil años), se precipitaron el arte y las creencias, la cultura inmaterial; estaba a un paso del pensamiento religioso. Aquella humanidad sumaba hace doce mil años una población de diez millones de seres (12). Una evolución social acelerada acompañó sus logros a la par de lo que se llamó etapa mesolítica, atomizando los grupos en bandas, primero igualitarias y luego con líderes efímeros, antes de que se pusiera en práctica la herencia del cargo. La agricultura se ocuparía de acelerar el resto de los fenómenos, cuasi modernos, desde la aparición de la propiedad privada, los estados arcaicos, los ejércitos, los sacerdocios, los linajes, la burocracia, los estratos sociales, los comerciantes que unirían culturalmente las regiones y los primeros esclavos. La división del trabajo y la figura de los primeros intermediarios con las fuerzas de la naturaleza, trajeron de la mano el tributo y la necesidad de conquistar nuevas tierras para lograr excedentes que permitieran comerciar con sitios lejanos aquellos elementos exóticos que los dioses demandaban para aquietar su ira. Sumerios, egipcios, hititas, asirios, griegos, persas, romanos y macedonios en el viejo continente y aztecas e incas -entre otros- en el nuevo, buscaron perfeccionar el mecanismo para enriquecer una élite conquistando tierras lejanas. Paradójicamente, al alcanzar los confines del mundo posible, el homo sapiens sapiens comenzó a recobrar algunos comportamiento instintivos, como defender un nicho ecológico aún a riesgo de matar ejemplares de su misma especie, alimentación de los más “fuertes”, liderazgos casi comparables a los de las manadas de lobos, leones o gorilas. Esos elementos nuevos -más bien retomados-, provocaron algunos cambios más o menos sustanciales en los movimientos migratorios.

Coincidiendo con los movimientos de los indoeuropeos que recorrerían toda Europa, hace cuatro mil años, los casitas invadieron Babilonia, poco después bajaron de las montañas los hurritas; hace 3200 años, ya vimos que los mal llamados pueblos del mar -dado que la mayoría se movilizó por tierra- arrasaron Egipto, Micenas y Hattusa, la capital hitita (13); ya en nuestra era, los germanos y otros pueblos se adueñaron del imperio romano occidental, como preludio a los movimientos bárbaros que darían origen al feudalismo (14). No descuidemos en esta parte de la

exposición, tener en cuenta que nos encontramos entonces delante de familias poderosas, gobiernos o aparatos estatales que toman decisiones en nombre del conjunto, pero en pos de su enriquecimiento y el de sus círculos de poder, en detrimento de otros pueblos e incluso muchos de sus habitantes, utilizados para lograr ese objetivo. Esto no es menor, dado que nos ubica delante de movimientos de miles de personas ajenas a su voluntad, lo que se presentará a lo largo de la historia hasta nuestros días. El diagnóstico de los autores que analizan aquellos movimientos comunes para los observadores contemporáneos, nos direcciona hacia problemas ambientales en las zonas que se originan y remarcan la debilidad de los imperios que caen por situaciones de fondo similares; mientras unos no tenían alimento a causa de la falta de lluvias, otros no recibían tributos de los campesinos y veían como se desarmaban sus estructuras palatinas esclavistas y burocracias altamente costosas. Si intentásemos graficarlo, aquellos pueblos solían movilizarse como en un juego de billar, donde una bola mueve a la otra y así sucesivamente, hasta chocar con la banda y retomar otra dirección; una especie de dominó que una vez iniciado voltea predeciblemente a las fichas que están en su camino en forma espontánea e irrefrenable. Visto en perspectiva no cambia mucho con los acontecimientos actuales; posiblemente la diferencia mayor sea que si en aquella época eran pueblos enteros quienes se ponían en movimiento, actualmente en cada sitio se movilizan los sectores más desprotegidos de algunos pueblos; los Estados y en definitiva las fronteras eran más permeables que hoy, lo que es indudable si observamos las murallas que levantan israelíes y norteamericanos, similares a la singular muralla china que buscaba frenar las migraciones desde el norte. En definitiva, aquello fue producto de un proceso similar al que experimentaron las grandes potencias desde el siglo XV en adelante, pero principalmente desde el XIX, colonizando para expoliar las riquezas de regiones azotadas desde la misma época que los sumerios, romanos, macedonios, españoles y portugueses. La contracara de “vaciar” una región, ayer y hoy, es que sus habitantes, hambrientos, buscarán llegar al atractivo corazón del imperio que los conquistó: Babilonia, Egipto, Roma o Europa toda, sinónimos de abundancia a la lejanía, pero de escasez y violencia cuando uno ha saltado sus murallas.

Seres de aspecto “primitivo” (15) están avanzando actualmente hacia el corazón de Europa y Estados Unidos, en busca de alimentos y cobijo social. Fugazmente, los movimientos hacia el Viejo Continente nos recuerdan un fenómeno antropológico prehistórico que ocupa el centro de interés de los arqueólogos hace dos décadas: el reemplazo de los neandertales por una especie en apariencia más moderna, el hombre de Cromagnón. La diferencia con el fenómeno que hoy observamos, presenta

dos elementos fundamentales. Los seres humanos que se mueven desde Europa del este y el norte de África no corresponden a una especie distinta del género *homo sapiens sapiens*, como podría discutirse -cada vez con menos convencimiento- respecto a los neandertales u *homo sapiens arcaicos*. La segunda diferencia, sustancial, es que aquella subespecie de los *sapiens* que habitaba el corazón de Europa cuando fue desplazada de escena por el hombre de Cromagnón, nuestro `abuelo´, portador de una cultura material más moderna. Lo que hoy divisamos, no sólo se trata de grupos incomparablemente más numerosos que aquellos -y portadoras de culturas tan precarias materialmente como ricas en su complejidad-, sino que no están adaptados a un medio ambiente específico, como lo estuvo Neandertal al frío europeo. ¿Hará el *sapiens sapiens* lugar a los nuevos “neandertales” que desplazó hace 40 mil años o acaso intentará mantenerlos en las márgenes hasta su extinción? (16). Hoy, africanos y orientales marchan a Europa, al igual que los sudamericanos descendientes de la gran inmigración, como botellas que tocaron una costa y vuelven mar adentro; los mexicanos van a Estados Unidos en forma de manadas lobunas, lo mismo que los centroamericanos. Mientras los `neo-neandertales´ vuelven a Europa, los envases vacíos de los inmigrantes decimonónicos retornan a las costas desde donde fueron arrojados.

Algo parece quedar claro si comparamos el fenómeno actual -con inevitables proyecciones hacia el futuro- con las migraciones anteriores. Hay cambios cuantitativos (qué duda cabe) pero también cualitativos. Es imperioso, no obstante, incorporar un elemento que siempre estuvo presente en la realidad de los migrantes pero no fue tomada en cuenta por la mayoría de los especialistas en el tema: las catástrofes ambientales y el medio ambiente en general, además de la real vinculación entre inmigración y medio ambiente, pensándolo en términos de impacto en los lugares de recepción (17).

A primera vista, todo hace pensar que una parte de los siete mil millones de seres que pertenecen a nuestra especie, digamos el 30% o poco más, se han separado del conjunto, al mismo tiempo que sus costumbres crearon un abismo con la naturaleza que lo rodea. El resto -teniendo en cuenta el devenir desde hace diez mil años-, pareciera haber “involucionado” lentamente hacia el reino animal en su máxima expresión, biológica y culturalmente. Queda claro también que la minoría nortea y occidental (18) ha colaborado mucho para empujar al resto al estado en que se encuentra, a mitad de camino entre lo que deberían ser y lo que fueron. Algo similar a los neandertales, vías muertas, ramas laterales en el árbol evolutivo de la humanidad. Cuatro mil o cinco mil millones de personas se parecen bastante a hijos no deseados, abandonados por familias pudientes

que les permiten conservar el apellido pero no hacer uso de esa pertenencia. Una primer comparación lejana con lo visto hasta aquí, aunque errónea a la lupa, sería pensar los movimientos de los pueblos del mar pero desde muchas zonas y hacia dos o tres regiones del planeta (parte de América, Europa, Sur de África, si no tenemos en cuenta a los que navegan a cierta deriva vital, en busca de que los vientos los empujen a las costas de Australia o Nueva Zelanda).

En los últimos dos siglos, el fenómeno de la traslación de personas de un sitio a otro ha comenzado a dibujar tendencias nuevas, dentro de un proceso que nos parece tan familiar como las migraciones experimentadas desde hace dos millones de años. De alguna manera, pareciese que estamos delante de una persona conocida que se ha disfrazado y nos cuesta reconocer, aunque intuimos quién es por algunos de sus aspectos generales. Si a mediados del siglo XIX se movilizaron sesenta millones de europeos, motivados tanto por los embates de una revolución industrial (19) que hería -aunque no de muerte- a campesinos y artesanos, como de condiciones excepcionalmente rentables en sitios nuevos y “despoblados” de América (20), en los últimos 60 años, la mancha migratoria se amplía a Europa del este, partes de Asia, África y América del Norte, todo ello sin tomar en cuenta las migraciones limítrofes tan evidentes en el caso de Argentina. Este movimiento, que continúa y parece potenciarse día a día, difiere enormemente del conocido como clásico, 1840-1920, cualitativa como cuantitativamente (21). Si en el primero, hablamos con propiedad y consenso de migrantes, ahora un abanico de conceptos (22) parecen no alcanzar para referirse a esos homo sapiens sapiens que huyen de sus aldeas y pueblos: exiliados, refugiados políticos, asilados, refugiados ambientales (23).

Algunas cuestiones del movimiento clásico -por lejos el más estudiado de todos los que aquí se mencionan- seguramente se presenten útiles y suficientes para explicar ciertos movimientos migratorios de fines del siglo XX y actuales; sin embargo, resulta claro que poco podremos avanzar con nuestra modesta caja de herramientas en sitios que experimentaron catástrofes ambientales, seguidas del surgimiento de guerrilla, intolerancia étnica, hambrunas y epidemias. No sólo ha cambiado la dimensión del escenario, sino que el objeto de estudio se ha vuelto difuso e impredecible. Ya vimos que no podemos llamarlos refugiados o exiliados para aliviar nuestro análisis y así acomodarlos en nuestra concepción tradicional del fenómeno; son migrantes distintos, personas que se ven obligadas a dejar sus lugares para convertirse en migrantes sin retorno, toda vez que el cambio climático desfavorable (sumado a falta de tecnologías adecuadas y agua), convierte aquellos espacios en páramos inhabitables

para la especie humana. La comunidad europea, en la voz de sus teóricos más optimistas, espera la llegada de alrededor de doscientos millones de personas estereotipadas con la figura del nuevo migrante -aún en construcción- en las próximas décadas (24). La población de algunos sitios del planeta ha comenzado a *moverse*, en forma interna, como preludio de un desborde inevitable, probablemente provocado a manera de compuertas de un dique que intenta quitar presión a la débil ecuación población/recursos (25). Como historiadores, tendremos que contentarnos con observar los prolegómenos de un fenómeno que tarde o temprano se desatará (26). Nada nos impide, como científicos sociales, imaginar el direccionamiento del fenómeno, observando la tendencia que viene desde el inicio de la aparición del hombre; la colaboración con otras disciplinas puede resultar provechosa, incluso con algunas hasta ahora insospechadas para nosotros como la psicología social o la biología.

Las migraciones humanas, tan diferentes, tan similares a otras especies.

Nos resulta imposible imaginar a un grupo de rinocerontes, búfalos o leones pergeñando estrategias para adaptar su especie al medio ambiente, avanzar en detrimento de otras y mucho más tratando de aniquilar miembros de su misma especie (27). Más allá de la territorialidad, salvo coyunturas climáticas extremadamente desfavorables, no hay rinocerontes que coman más que el resto ni tengan mayor acceso al agua. Esto no quita, que en algunas especies se alimenten primero los machos dominantes y luego el resto, o que en una sequía impensada dominen las charcas los ejemplares más grandes. Como sea, cada una de esas especies vive confinada a un medio geográfico medianamente estable -salvo corrimientos por el avance de la civilización, desertización, etc.-; sus depredadores naturales, además de unos promedios de vida predecibles (no alterados artificialmente con vacunas, operaciones, prótesis, anteojos, estens, etc.), colaboran en un equilibrio precario pero duradero como especies. Esto no niega que la violencia (a los ojos de los humanos comunes) se haga un lugar entre esas manadas y grupos en épocas de celos, escasez de comida o liderazgos debilitados (28). Ante la falta de recursos que los suplanten (pensemos en el mundo árabe que construye oasis agrícolas en medio del desierto), las adaptaciones a un medio y sus éxitos vitales o derroteros hacia la extinción es una cuestión darwinista, donde una especie depende para su supervivencia de que algunos de sus ejemplares logren adaptarse en términos biológicos a un cambio climático o del espacio. Frente a esos comportamientos, opuestos en algunos casos y disimulados -o evitando

comparaciones incómodas- en otros, se encuentra buena parte de la humanidad (29), muchas veces experimentando ideas darwinistas a raja tabla y otras, inmersos en un darwinismo social que el brillante teórico no imaginó para su especie con tanta claridad como Adam Smith.

Al igual que sucede con muchas especies animales, la realidad nos muestra que la movilidad espacial ha dejado de ser una excepción -turística, laboral- en la vida cotidiana de los hombres para transformarse en algo habitual. Se ha discutido mucho sobre cómo se debería clasificar -si es que observamos un solo tipo- la migración actual y eso ha estado influenciado no sólo por motivos académicos, sino también por los particulares contextos históricos y geográficos. Se puede constatar que la mayor parte de los trabajos de investigación actual tratan sobre las migraciones internacionales, superando ampliamente a los movimientos internos. Alrededor de 140 millones de migrantes internacionales tienen más peso en los análisis teóricos que más de 1000 millones de migrantes internos, sin contar a los refugiados de guerra. Sin embargo, resulta difícil no ver la correlación entre ambos fenómenos como parte de un mismo juego de fuerzas. Los migrantes internos, por ejemplo, pueden desbordar un mercado de trabajo que expulsa a migrantes internacionales (30).

El fenómeno de la movilidad poblacional fue considerado por primera vez en 1885 por Ernest Ravenstein (31). Desde ese primer análisis, han pasado más de 125 años y más allá de que Ravenstein no hubiese imaginado el giro que ha tomado el fenómeno en los últimos 30 años, todavía no se ha logrado construir una teoría integrada de las migraciones. Precisamente la tesis de Ravenstein de que “migración es vida y progreso, mientras que permanencia es estancamiento”, ha determinado en buena medida las premisas teóricas a lo largo del siglo XIX, observándolo en términos de positivo o negativo, sin tener en cuenta variables fundamentales como el escenario y las condiciones de vida, depositando la dinámica en un sujeto ideal -e inexistente- con las mismas posibilidades que cualquier otro en cualquier sitio del planeta. Sin embargo, algunos aportes novedosos como las redes sociales, han venido a demostrar que ciertos movimientos - como en las manadas demográficamente desbordadas- sirven para minimizar los riesgos del conjunto y brindan a los migrantes un contexto estructurado de comportamiento propio. Algo similar al “espacio social” pensado por Bourdieu (32). Lo novedoso, es que el modelo neoclásico de maximización de los ingresos es reemplazado hoy por el nuevo modelo económico de la minimización de los riesgos, idea que funciona tan bien para un joven talentoso que busca empleo o un tanzanio que intenta llegar a la frontera para no morir de inanición. Pese a que la idea del pobre Ravenstein corresponde a una fase de capitalismo en alza, de ocupación de

espacios y esconde cierto darwinismo social, parece adecuarse también a esta época de capitalismo en crisis o al menos decadencia y búsqueda de nuevas rutas. ¿Quién puede negar, a la vista de un pueblo tanzanio en movimiento acosado por el hambre y moviéndose por los escasos corredores que le deja la guerrilla local, que “migración es vida...”? (33). Calculando el tiempo que le llevará ubicarse en un mercado competitivo y adquirir una vivienda, o mirando el estado de sus sandalias, con poca agua, dos migrantes hacen una estrategia -más o menos precisa- para minimizar un riesgo en pos de un objetivo: uno crecer, otro no morir.

Como vimos, la movilidad geográfica es tan antigua como la humanidad, sin embargo, el fenómeno migratorio fue mutando no sólo en términos del volumen de los flujos sino también en el significado social de los movimientos. En sus inicios los comportamientos humanos eran claramente instintivos, situación que debió extenderse, al menos en términos globales, más allá de la fabricación de instrumentos o de una infancia prolongada de las crías. Aquellos movimientos eran similares a los de cualquier especie animal, atendiendo a las estaciones, los recursos, abandono de miembros incapacitados, etcétera. Los machos solían adelantarse, por precaución, impredecibilidad o para no lentificar la marcha con mujeres y crías. En algún momento, el aumento demográfico y los cambios ambientales de las épocas glaciares e interglaciares debieron alterar aquellos comportamientos iniciales; a ello debió sumarse una ocupación importante del ecúmene, que decididamente perturbó la movilidad natural en torno a la llegada del holoceno, hace doce mil años.

A partir de entonces, los cazadores especializados se convirtieron en recolectores de amplio espectro, un poco antes de alcanzar la categoría de recolectores intensivos, casi en los albores de asumir el rol de agricultores y pastores. La mujer adquiere entonces un rol primordial, toda vez que en muchos sitios la recolección suponía el 70% de la dieta básica. Más allá de que continuasen las travesías a sitios más o menos lejanos, los recursos maniataron a las sociedades en un mundo “lleno” (34), a regiones geográficamente acotadas. Desde entonces, crecientemente, dejar un sitio se convirtió en entrar a tierras donde habitaban otros hombres, característica principal de las migraciones modernas y que volvió a acercarlos al comportamiento típico de la mayoría de las especies, incluidas aves como el churrinche o mamíferos como el león, ambas de territorialidad extrema. Es llamativo que aquellas cualidades específicamente humanas como la solidaridad y lo comunitario que debió subsistir hasta el 9000 AC, convivan con la territorialidad en términos de subsistencia que regula la vida de la casi totalidad de las especies del reino animal. Existen sobradas muestras, por ejemplo en época de sequía, de migraciones forzadas de animales que

son aniquilados -incluso por otros de la misma especie- al llegar a la única charca en kilómetros a la redonda. Entonces entra en juego la fuerza y el elefante desplaza al león, midiendo sus fuerzas con los cocodrilos e hipopótamos. Sin embargo, la fuerza se agota y diluye contra la masividad de una especie que llega descontrolada e imprevistamente, tal como lo hacen cientos de mexicanos por el sur de Estados Unidos o africanos en sus balsas que arriban a costas españolas, graficando bandadas innumerables de flamencos. La charca es pequeña y los elefantes relativamente pocos; el problema empieza cuando llegan miles de cebras y otras especies vulnerables en la individualidad pero fortalecidas por el número y la desesperación. Estos comportamientos, instintivos, de supervivencia, no son menos comunes en las afueras de las grandes ciudades del sector favorecido del planeta. Un paneo a los alrededores de Buenos Aires o São Paulo, nos retrotraen a escenas de un documental de la National Geographic donde luego de que come la familia de leones, llegan las hienas -amparadas en la oscuridad- seguidos de coyotes, chacales, buitres y otros carroñeros que -a diferencia de los sectores menos favorecidos de esas megaciudades que debieron regresar a un rol ancestral- hacen gala de sus habilidades para el carroñeo y aprovechamiento de las sobras.

Los movimientos humanos modernos parecen haber cumplido un ciclo para volver a sus inicios, atendiendo más a los instintos que a un mapa, una brújula o un GPS; haciendo más caso al estómago que al cerebro, respetando tanto a quienes se opongan a esa traslación como tolere el hambre del grupo. Un elemento más acerca los movimientos migratorios forzados actuales con los de otras especies: su regularidad, acaso en las estaciones menos duras climáticamente, escapando de la llegada del frío y la escasez natural de alimento, tal como hacen las aves. Quizá huyendo hacia lugares más seguros donde criar a los pequeños, como las ballenas y pingüinos que llegan al sur americano. Tanto se parecen esos seres de nuestra misma especie, que su desesperación extrema alienta a la comparación con los lémmings arrojándose predeciblemente al vacío; igualmente, es esperable que a diferencia de los lémmings, ese porcentaje de la especie humana que podríamos catalogar como de sedentaria no forzada, observe el comportamiento del resto con la sensibilidad que suele marginar la ciencia en busca de una objetividad igualmente inalcanzable. Como cualquier especie, millones de seres humanos se aprestan o están marchando actualmente agrupados para resistir, como los caribúes o en la individualidad del polizón, cual ratas e insectos que parasitan al hombre. Familias extendidas, con líderes más o menos efímeros, vagan por los desiertos del sur de Estados Unidos o la periferia de Tanzania como lobos o coyotes. Si antes marchaban los hombres solos, para luego dar aviso a que

se reúna el grupo, la celeridad del hambre y la sed, cuando no la huída de una epidemia o la guerrilla, ponen en movimiento aldeas enteras y hasta mujeres y niños que perdieron sus hombres en guerras intestinas y étnicas `desatinadas´ -si es que cabe ese adjetivo en una mirada étic- para el siglo XXI.

No existe organización humana que pueda atribuirse la representatividad ética para tomar decisiones sobre el conjunto de la humanidad, equilibrando recursos y estómagos; las que intentan hacerlo, presentan parcialidades notables aún incluso cuando median en temas menos indudables como contiendas bélicas o diferendos territoriales. Junto a la ONU y la Unesco, los Abraham y Noé modernos no son escuchados por una mayoría, y la Cruz Roja y Médicos sin frontera apenas pueden paliar heridas muchas veces engangrenadas a su llegada. El mundo sufre tantos diluvios como en la antigüedad (35) -con la diferencia que ahora son provocados por el accionar del hombre sobre el medio-, pero la idea de un castigo divino ha tomado la forma de una distribución terrenal desproporcionada y un consumo de los recursos asimétricamente insostenible desde todo punto de vista. Las Arcas, para mucha gente que sufre las consecuencias de los embates del clima sobre sus regiones y la producción básica, además de la falta de agua, no tienen formas de barcasas sino de países a los que hay que intentar llegar. Allí, en vez de un Noé caritativo, los esperan hombres de traje que les exigen documentos que no conocen o uniformados que les niegan el ingreso. Tampoco puede sostenerse, ya que el hombre trate de adaptarse a un mundo que se achica a costa de la extinción de cientos de especies desplazadas de sus hábitats originarios o a los que recientemente intentaban adaptarse. ¿Qué ser humano puede atribuirse la catalogación y el juzgamiento de especies como útiles o plagas, locales o exógenas, rentables o inútiles, peligrosas o domesticables? ¿Con qué autoridad, toda vez que él mismo desbordó el sitio donde la naturaleza lo cobijó para su génesis y evolución desde otras especies primitivas, para luego ocupar la totalidad del planeta arrinconando al resto?

No estamos acostumbrados ni preparados para volvernos a pensar ni pensarnos como una especie más. Es tiempo de un esfuerzo, acaso de compleja simplificación de nuestras miradas a lo que nos rodea, para poder lograrlo.

Notas

(1) Charla dictada en la Universidad del País Vasco, Vitoria (España) en octubre del 2010.

(2) Lewis Binford ya alertaba en la década de 1960 acerca del error de apreciación de sus colegas arqueólogos respecto a la dimensión de la territorialidad de los cazadores recolectores. Los nunamiut, grupo de Alaska que visita en calidad de etnógrafo, recorren alrededor de 300 mil kilómetros a lo largo de sus vidas. BINFORD, Lewis: *Cap. 6: Cazadores de un territorio*, en: **En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico**. Barcelona, Crítica, 1988.

(3) Es extremadamente interesante y estremecedor, la modernidad de un movimiento como el llamado “de los pueblos del mar” hacia el -1200 AC, movimiento con características de éxodo que se inicia en algún sitio cercano a los Balcanes y que afecta a todas las aldeas a su paso, en su derrotero hacia el sur. Terminará con los micenas e hititas, además de dejar heridos de muerte a los egipcios ramésidas. Ver KIENITZ, Karl: *Cap. 1: La gran invasión de pueblos y el derrumbamiento del mundo de la cultura hacia el 1200 AC*, en: **Pueblos en la sombra**. Berlín, 1996.

(4) Aunque no es el propósito de este trabajo, se puede ampliar sobre el poblamiento de la salida del hombre de África, sus discusiones actuales y el poblamiento del ecúmene con los siguientes textos generales. ARSUAGA Juan y MARTÍNEZ, Ignacio: **La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana**. Madrid, Temas de Hoy, 1998. Especialmente el *Cap. 17 El sentido de la evolución*; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, RUIZ ZAPATERO y ot.: *El origen del Hombre. Últimos descubrimientos y teorías*, en: **Revista de Arqueología** N° 111, Madrid, 1990; GORE, R. *Los primeros pasos*, en: **Los orígenes del hombre. De los primeros homínidos al homo sapiens**. National Geographic, Edición Especial, 2003; GAMBLE, Clive: **El poblamiento paleolítico de Europa**. Barcelona, Ed. Crítica, 1990, Cap. 1, entre otros.

(5) El tema del poblamiento americano tiene sus discusiones específicas. Recomiendo consultar FIEDEL, Stuart J.: *Cap. 2: De Africa a Siberia: antiguas migraciones humanas en el Viejo Mundo y Cap. 3: Los paleoindios*”, en: **Prehistoria de América**. Barcelona, Crítica, 1996; SANDERS, William y Marino, Joseph: *Cap. 2: El nuevo Mundo como teatro de historia cultural*, en: **Prehistoria del Nuevo Mundo**. Madrid, Nueva de Labor; BORRERO, Luis A.: *Cap. 2: La ocupación del mundo; Cap. 3: Los primeros patagónicos; Cap. 4: Cuando se calentó la Patagonia. Colonización durante el Holoceno temprano (10.000-5.000 AP)*, en: **El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes**. Buenos Aires, Emecé, 2001; PROUS, Andre: *El poblamiento de América. Un debate sin fin*, en: **Ciencia Hoy**, Vol.10, N° 57, 2000 y ARDILAS CALDERON, Gerardo y POLITIS, Gustavo: *Nuevos datos para un viejo*

problema. Investigaciones y discusiones en torno al poblamiento de América del Sur, en: **Boletín 23**. Colombia, Museo del Oro, 1989.

(6) Un enfoque interesante, a propósito de la colonización del nicho ecológico sin barreras del hombre en su entrada a América, incluso provocando una sobrematanza, en FIEDEL, Stuart J.: **Prehistoria de América**. Barcelona, Crítica, 1996.

(7) La bibliografía sobre este tema, excede los límites espaciales de este trabajo. Sin tomar en cuenta a los viajeros y naturalistas, que ya intuían las consecuencias de la multiplicación del ganado sobre el venado de las pampas o el guanaco hace 150 años, como lo señalan por ejemplo Hudson, Holmberg o Darwin en sus obras clásicas. Existen infinidad de revistas ambientalistas y ecologistas que dedican artículos específicos a ello. Ver por ejemplo la colección de las revistas **Naturaleza y Conservación** e incluso **Nuestras Aves**, ambas editadas por Aves Argentinas; varios números de la prestigiosa revista **National Geographic** han tratado las consecuencias de la introducción del castor en el sur argentino o el ciervo en la franja que va desde la provincia de la pampa hasta la cordillera. Algunos textos como el de FOGUELMAN, Dina. y ZEBALLOS DE SISTO, María C.: **Fauna y sociedad en Argentina**, Buenos Aires, de Lugar Científico, 1992, Cap. 3 y Cap. 4) o el de CHEBEZ, Juan Carlos: **Los que se van**, Buenos Aires, Ed. Albatros, 1995 (recientemente reeditados y corregidos por la misma editorial). Entre los trabajos rioplatenses pioneros en la incorporación del medio ambiente en el tratamiento, encontramos el de MONTOYA, Alfredo: **¿Cómo evolucionó la ganadería argentina en época del virreinato?**, Buenos Aires, Plus Ultra, 1984; los de PALERMO, Miguel: *Reflexiones sobre el llamado complejo ecuestre en la Argentina*, en: **Runa. Archivo para las ciencias del Hombre**, ICA, Buenos Aires, 1988 y PALERMO, Miguel: *La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeanos patagónicos; génesis y procesos*”, en: **Anuario iehs**, N°3, Tandil UNICEN, 1988, entre otros.

(8) La aclaración de `permanente´ alude a que existen especies, principalmente aves y algunos mamíferos, que migran en forma estacional siendo difícil establecer cuál de los sitios que habitan en cada época es el original, descontando que las migraciones hayan sido una consecuencia climática, de ocupación del espacio por otras o la falta de alimentos crecientes, entre otras variables.

(9) Ver LIVI-BACCI, Massimo: **Historia mínima de la población mundial**. Barcelona, Ariel, 1990; ABELLAN, Antonio: **La población en el mundo**. Síntesis, Madrid, 1991; BOSERUP, Ester: **Población y cambio**

tecnológico. Barcelona, Crítica, 1984; McNEILL, John: *Naturaleza y cultura de la historia ambiental*, en: **Nómadas**, N° 22, Bogotá, I.E.S.C., Universidad Central, Claco, 2005; GORE, Al: **La Tierra en Juego**, Buenos Aires, EMECÉ, 1993; GÓMEZ HERAS, José: **Ética del medio ambiente. Problemas, perspectiva, historia**, Madrid, Tecnos, 1997; BÁEZ, Ana: **Dilema de las superpoblaciones. Exclusión, hambre, urbanización, hiperconsumo e iniquidad**, Buenos Aires, Longseller, 2003; BROWN, Lester y ots.: **La situación en el mundo. El informe Worldwatch 1992**, Buenos Aires, Sudamericana, 1992; GASCÓN, Margarita: **Vientos, terremotos, tsunamis...** Op.cit.; CARDOSO, Fernando y FALETTO, Enzo: **Dependencia y Desarrollo en América Latina**. México, S XXI, 1969; MORAES SILVA, Maria: **Errantes do fim do século**, San Pablo, Edit. Unesp, 1999; BLANCO, Cristina (ed): **Migraciones. Nuevas moviidades en un mundo en movimiento**. España, Anthrops, 2006, entre otros.

(10) Salvo las aves migratorias o los mamíferos que alternan sitios de pastizal, no es común encontrar jirafas fuera de África, osos pandas más allá de China u osos polares fuera de su ámbito específico.

(11) Estas ideas aluden, sintéticamente a la discusión entre la hipótesis multiregional y la que ha dado a llamarse Fuera de África II. La primera, aceptada sin discusión hasta hace unos veinte años, se apoyaba en descubrimientos y comprobaciones cronológicas provenientes del campo de la arqueología y daba cuentas de la salida del homo erectus hace más de un millón de años desde África; eso explicaría, luego de la dispersión, las diferencias entonces reconocidas como raciales. La segunda, teórica y sustentada con pruebas en laboratorios de genética, se apoya en el ADN mitocondrial -femenino- que rastrea el origen hasta algún lugar de África hace unos doscientos o trescientos mil años, donde ubica una Eva desde donde descendemos los sapiens sapiens.

(12) Para ampliar sobre estos procesos y algunos cálculos demográficos, ver LEACKEY, Richard: **La formación de la humanidad**, Madrid, SERBAL, 1981 y COHEN, Mark: **Las crisis alimentarias de la prehistoria**, Madrid, Alianza, 1981.

(13) Para contrastar aquellos movimientos como procesos y sus características generales, ver LIVERANI, Mario: **El Antiguo Oriente. Historia, economía y sociedad**. Barcelona, Crítica, 1995 (especialmente Cap. 22: *Crisis y reestructuración* y KIENITZ, Karl: *Cap. I: La gran invasión de pueblos y el derrumbamiento del mundo de la cultura hacia el 1200 AC*, en: **Pueblos en la sombra**. Berlín, 1996.

(14) Ver ALFOLDI, Géza.: *Cap. 6: La crisis del Imperio romano y el cambio de estructura social*, y *Cap 7. La sociedad tardorromana*, en: **Historia social de Roma**. Madrid, Alianza, 1987,

(15) Obviamente es un adjetivo alejado de la discriminación, aludiendo a sus vestimentas y bagaje empobrecido, más no por su perfil biológico ni su condición social.

(16) Alusión a que la causa directa de la desaparición del neandertal obedeció a la aparición de una especie, la nuestra, más capacitada biológica y tecnológicamente que la desplazó hacia la periferia, hacia zonas inhóspitas o al menos a las que no pudo acostumbrarse. STRINGER, Christopher y GAMBLE, Clive: **En busca de los neandertales. La solución al rompecabezas de los orígenes humanos**. Barcelona, Crítica, Caps. 1, 2, 5 y 6.

(17) Se recomienda ver, MARTIN, Philip; MIDGLEY, Elizabeth: *Immigration to the United States: journey to an uncertain destination*, en: **Population Bulletin**, Sept. 1994; Calavita, Kitty: **Inside the State: The Bracero Program, Immigration and the INS**. Routledge, Chapman and Hall, New York, 1992.

(18) Es sabido que el fenómeno inmigratorio una vez consolidado, puede cobrar una velocidad y permanencias notables. Ver SÁNCHEZ ALONSO, Blanca: **The other Europeans: immigration into Latin America and the international labour market (1870-1930)**, Universidad Carlos III De Madrid, *Working Papers in Economic History*, WP 07-17, 2007.

(19) No es nuestro propósito enumerar momentos excepcionales como la Europa de 1340, la Irlanda de 1840 o la posguerra europea; sin embargo, sintéticamente, diremos que cuando no se trató de situaciones puntuales, obedeció a causales inevitables. La pobreza actual hunde sus raíces en políticas económicas y financieras internacionales claramente evitables y con consecuencias altamente previsibles.

(20) Estudiando a los vascos, grupo regional que me ocupó buena parte de mi vida, recuerdo haber manejado casos muy puntuales como la crisis del maíz de 1856/57 y la de la filóxera que atacó los viñedos vasco franceses alrededor de 1890. Aunque no es un justificante, visto en perspectiva creo comprender por qué el peso de aquellos movimientos se ubicaba en causales sociales y económicas.

(21) Si hasta 1950 una historia política desatendía aquella variable -y otras- desde un perfil ideológico, luego la ampliación de la mirada a lo social y lo económico, dejó igualmente poco espacio a los escenarios. La fugaz y poco

feliz intervención de los deterministas geográficos -que explicaban todo a partir de allí, cayendo en otro extremo que no explicaba los sucesos y desestimaba al sujeto histórico, terminó asilándose -en los `60- en estudios indigenistas, no menos erróneos toda vez que encontraban en aquellas sociedades originarias, sociedades estáticas, inmutables y a priori, en equilibrio con el medio ambiente.

(22) Ver Hugo, Graeme: **Migration, Development and Environment**, IOM Migration Research Series N° 35. Geneva: International Organization for Migration, 2008.

(23) Para ampliar sobre los significados de inmigrante y estereotipos a lo largo del tiempo y las coyunturas, ver DEVOTO, Fernando: **Historia de la inmigración en la Argentina**, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pág. 34 a 41.

(24) Each for (*Environmental change and forced migration scenarios*), nombre del proyecto de investigación llevado a cabo por siete universidades europeas entre los años 2006/2008, se ocupó precisamente de trazar tendencias y pergeñar un modelo o matriz que permita amortiguar la migración en cuestión.

(25) Japón se nos presenta, en el extremo opuesto a la realidad de muchos países, como un ejemplo de incentivación de la salida temporal de sus habitantes, con múltiples beneficios para el país. Sin embargo, siguiendo la metáfora del dique, mientras que la isla oriental mantiene un flujo controlado, sistemático, planificado, muchas regiones del planeta amenazan con irrumpir violenta e impredeciblemente, en cualquier dirección.

(26) Resulta interesante y alentador, observar que paralelamente al fenómeno han nacido centros de observación dedicados a su seguimiento, las más de las veces alentados por gobernantes tan preocupados como los que proyectaron Each For. Un ejemplo reciente es la conformación de Ikuspegi (Observatorio Vasco de Inmigración), Universidad del País Vasco.

(27) Llegados hasta acá, es interesante comenzar a preguntarnos -aunque aún se presente como en las antípodas del pensamiento científico- acerca de la ética ambiental de la especie sapiens sapiens. Ver, por ejemplo, ROZZI, Ricardo: *De las ciencias ecológicas a la ética ambiental*, en: **Revista Chilena de Historia Natural**, N° 80, 2007. Recientemente desbordan en los periódicos y sitios de internet las ideas del teólogo Leonardo Boff. Ver conferencia en el Forum Mundial Social, Brasil, Estado de Pará, Enero de 2009.

(28) Según Richard Lee, el origen de las diferencias sustanciales entre las organizaciones básicas humanas y el resto de las especies, se encuentra en la superación -por distintos móviles- de las peleas por comida y sexo. LEE, Richard: *La subsistencia de los boskimanos !Kung: un análisis input-ouput*, en: LLOBERA, J. R. (compil.): **Antropología económica. Estudios etnográficos**. Barcelona, Anagrama, 1981

(29) Mientras algunos documentalistas que se consideran científicos tratan injustamente al tiburón y la orca de asesinos seriales o al tigre de sanguinario, el vulgo hace las mismas comparaciones -no menos erróneas pero más gráficas- en sentido contrario, generalmente asociando rasgos de animales a características muy marcadas o ausentes.

(30) Para obtener un panorama de estos procesos, ver BLANCO, Cristina (ed.): **Migraciones. Nuevas movilidades en un mundo**; LIVI-BACCI, Massimo: **Historia mínima de la población mundial**. Barcelona, Ariel, 1990; Abellán, A.: ABELLAN, Antonio: **La población en el mundo**. Síntesis, Madrid, 1991; BERTONCELLO, Rodolfo: *La movilidad espacial de la población: notas para la reflexión*, en: **Actas de la II Jornadas Argentinas de estudios de población**. AEPA, Buenos Aires, 1993

(31) Consultar RAVENSTEIN, Ernest (1885) **The Laws of Migration**, en: **Journal of the Statistical Society of London**, Vol. 48, N° 2.

(32) BORDIEU, Pierre: **Cosas Dichas**, Barcelona, Ed. Gedisa, 1996

(33) RAVENSTEIN, Ernest: (1885) **The Laws of Migration**, **Journal of the Statistical Society of London**, Vol. 48, N° 2.

(34) Según Cohen, esto se habría dado por vez primera alrededor del doce mil antes del presente. COHEN, Mark: **Las crisis alimentarias de la prehistoria**, Madrid, Alianza, 1981.

(35) Se conocen leyendas y documentos sobre inundaciones importantes en los cuatro puntos cardinales. Desde territorio mapuche hasta la India, pasando por sumeria y desde los aztecas hasta los incas, llegando incluso a los tehuelches patagónicos.

Fecha de recepción: 30 de noviembre de 2010

Fecha de aprobación: 28 de marzo de 2011